

## CAPITULO VIII.

Poblaciones indígenas que existían en el Estado antes de la conquista.—Número probable de sus habitantes.—Causas que contribuyeron al decrecimiento de las antiguas razas.—Los huicholes, únicos que de raza pura existen hasta hoy.—Poblaciones de nombre indígena que hay en el Estado actualmente.

Muchas eran las poblaciones y rancherías que ocupaban las tribus indígenas de nuestro Estado antes de la conquista; pero las principales ó más conocidas son las siguientes:

Juchipila, Teul, Tlaltenango, Jalpa, Apozól, Mezquituta, Moyahua, Cuixpalan ó Cuzpala, Nochistlán, Tlacosahua, Tepezalá, Momáx, Mexicacán, Tenayuca, Tepechtlán, Huanusco, Susticacán, Apulco, Atotonilco, Cicacalco, Talisporico.

Casi todas estas y otras de menor importancia pertenecieron á los *caxcanes* y se dice que contenían una población de 50,000 personas, en cuya cifra se incluyen algunos pueblos que hoy son del Estado de Jalisco.<sup>1</sup> Sin embargo, es probable que ese número fuera mayor, porque cuando ocurrieron las guerras de Guadalajara y el Mixton, (1541 y 1542) aparecieron combatiendo de 60,000 á 100,000 guerreros, sin contar las mujeres, los ancianos y los niños.

La tribu de los *zacatecos* era también numerosa y tenía poblaciones desde cerca de Villanueva hasta Huejúcar, Chalchihuites y San Miguel del Mezquital; pero ni se conserva tradición cierta acerca del nombre de esas poblaciones, ni hay cálculo exacto del número de indígenas de dicha tribu, pudiendo solamente decirse que algunas de sus

<sup>1</sup> Boletín de Geogr. y Estad., t. 8, ps. 492 y 493.

rancherías principales fueron Zacatecas, Tuitán, Huejúcar y Cuahuíté.

Al lado del Norte solo se sabe que los *huachichiles* tenían una población en Mazapil, otra en Sain y otra cerca de Fresnillo, ignorándose cuáles fueran las que existían al Oriente; aunque es probable que los *chichimecos* tuvieran por ese rumbo algunas otras, pues como se verá más adelante, en el punto conocido por Saucedá de los Mulatos, Partido de Ojocaliente, parece que hace pocos años se descubrieron vestigios de una antigua ranchería de indígenas.

No creen, pues, exagerado suponer que la población que los españoles encontraron en el territorio de Zacatecas el año de 1530, fuera aproximativamente de unas 200,000 personas; población que algún tiempo antes de esa fecha era sin duda más numerosa, pero que después fué disminuyendo á causa de las continuas y desastrosas guerras que sostenían unas tribus con otras; de las calamidades que experimentaban en materia de hambres ó de carestías, y quizá de las terribles epidemias que algunas veces afligían á los miserables habitantes de estas extensas tierras.

Después de la conquista la población indígena sufrió un decrecimiento notable y rápido, pues la justa repugnancia con que muchos indios veían el yugo español y el natural deseo de conservarse libres de la esclavitud, los obligó á buscar quieto y seguro asilo en las serranías y desiertos del Norte y el Poniente de Zacatecas.

A consecuencia de ese forzoso exodo aconsejado por el odio á la opresión y por el amor á la libertad, se poblaron algunos lugares en los referidos rumbos, como Sain, el Chacuaco, la Ciénega de Sombrerete y otros, en donde los dispersos de las guerras de Juchipila y el Teul fueron á establecerse por el año de 1535.

Además, también contribuyó bastante al menoscabo de las razas indígenas del Estado, el inhumano tratamiento que los españoles daban á los indios, ya vendiéndolos y herrándolos como esclavos para llevarlos á otras partes; ya obligándolos á desempeñar los durísimos y peligrosos trabajos de las minas;<sup>1</sup> ya empleándolos como acémilas en los

<sup>1</sup> He oido decir que los últimos zacatecos murieron trabajando en las labores de la antigua mina de San Bernabé.

transportes y otras rudas fatigas; ya tratándolos á palos y latigazos como á verdaderas bestias, pues bien sabido es que aun se llegó á no reconocerles el uso de la razón, sin duda juzgando de ellos como el tirano Varo juzgaba de los antiguos germanos, de los cuales aseguraba que *solo tenían de humano la figura*; ya, en fin, complaciéndose en destruirlos para sembrar los campos con sus ensangrentados cadáveres, porque en esto sentían los conquistadores el mismo brutal placer que el emperador Vitelio experimentaba cuando al aspirar las fétidas emanaciones que se desprendían del campo de batalla de Badriac, decía: "El cadáver de un enemigo huele siempre bien."<sup>1</sup>

Muchísima razón tienen varios historiadores al condenar la conducta cruel y sanguinaria de tantos capitales españoles y encomenderos, que convirtiéndose en jurados enemigos de las razas indígenas de nuestro país, hacían feroz competencia á las calamidades ó azotes con que la naturaleza disminuye ó destroza á veces pueblos enteros, acabando con la vida de infinidad de seres animados.

Por las causas referidas no es extraño saber que pocos años después de la conquista, no había en el territorio de la Nueva Galicia, ni la quinta parte de los indígenas que antes la poblaban.

En la actualidad muy pocos indios de raza pura existen en nuestro Estado y casi todos hablan el idioma español, pues solo en algunos pequeños pueblos del Sur se puede todavía ver el tipo del antiguo indio, pero bastante modificado ya respecto de lo que fueron sus antepasados.

Los únicos que conservan su propio idioma, aunque algo adulterado, sus costumbres supersticiosas y carácter rudo y semi-salvaje, son los *huicholes* descendientes de los antiguos nayaritas, y que hoy habitan algunos pequeños pueblos limítrofes al cantón de Colotlán. Esos indígenas entran frecuentemente á Jeréz, Tlaltenango, Fresnillo, Valparaíso y otros lugares, á vender copal, cominos, ocote, chicle blanco y algunos otros objetos.

Las poblaciones que hasta hoy llevan nombres indígenas en el Estado, son las siguientes:

En el Partido de Zacatecas; Zóquite.

<sup>1</sup> Drioux, Historia Romana, pág. 288.

En el de Fresnillo; Calihuey, Chapultepec, Chepinque, Mezquite, Tenango, Xoconoxtle.

En el de Sombrerete; Atotonilco, Chacuaco, Chalchihuites, Huizache, Xalisco.

En el de Jeréz; Acapepezca, Achimeque, Ahuichote, Atitanac, Atoloac, Cascalote, Caquixtle, Cóyuque, Cuachilote, Huamúchil, Huencho, Huexote, Huixalco, Jahuey, Jocotic, Jomulco, Malacate, Susticacán, Tepetongo.

En el de Villanueva; Coalaca, Guatemala, Jalpa, Jalpaca, Pitahayo, Tepezalá, Tepizusco, Tiritan, Tustuaque, Tuitan, Zapoqui.

En el de Pinos; Jaltomate, Tepetate, Tepozan.

En el de Nochistlán; Apulco, Japotica, Jocoqui, Juchi, Tenayuca, Tayahua, Zapote, Zoyate.

En el de Juchipila; Amozóchil, Atecajete, Atemaxac, Ateto, Atezca, Apozol, Achoquen, Ahualulco, Cozcomita, Cuzpala, Moyahua, Tajuilote, Temaxcal, Tempizque, Tetyuque.

En el de Tlaltenango; Acatepulco, Atolinga, Cicacalco, Coculitan, Huitzila, Momáx, Talesteipa, Tepechitlán, Temoloasco, Teocaltiche, Téul, Tocatic, Tonilco y Zacualtempa.

En el de Mazapil; Malehuapil.

En el de Ojocaliente; Tlacotes, Zapopan.

La ortografía de muchos de estos nombres es la que comunmente se usa, pero está algo corrompida ó adulterada, y hay otros que se han castellanizado por medio de terminaciones españolas, como Capulincito, Chiquihuitillo, Jihuiton, Lampotal, Huejuquilla, Teocaltichillo y otros muchos.

También nos quedan todavía en uso, como reliquias de las lenguas y dialectos indígenas, varios nombres de plantas, de animales y de otros objetos, cuya lista sería prolijo enumerar.

## CAPÍTULO IX.

El cuadro que acabo de delinear representa, aunque á grandes rasgos, el estado en que los españoles encontraron el territorio de Zacatecas al finalizar el primer tercio del siglo XVI.

Lamento bastante no haber podido disponer de datos suficientes para precisar las dimensiones de ese cuadro ó para comunicarle el vigor y el colorido que requiere, pues aunque un sabio notable, el Sr. de Humboldt dice: "Las cuestiones relativas al origen de los habitantes de un continente, no pertenece al dominio de la historia, y quizá ni al de la filosofía," yo me aparto de tan respetable opinión, porque para conocer bien la vida de un pueblo, para juzgar con acierto en cuanto al avance ó al atraso de su civilización, es preciso conocer su origen y sus primeros pasos en la senda social ó política, del mismo modo que para determinar convenientemente el estado patológico de un individuo, es preciso llevar las investigaciones hasta el punto en que tienen nacimiento los diversos fenómenos que turban ó alteran la salud.

Debo, no obstante, cerrar esta primera parte de mi Bosquejo, haciendo algunas reflexiones acerca de aquellos belicosos indígenas cuyos últimos vástagos, obligados por la fuerza del destino, concurrieron á constituir un nuevo pueblo, una generación heterogénea cuyo carácter, por virtud de la diversidad de idiomas, de leyes, de usos y de aspiraciones, debía forzosamente marcar con signos indelebles dos épocas muy notables en la historia.

Los antiguos habitantes de nuestro Estado, aunque descendían de las mismas razas que poblaron el Anáhuac, per-

manecieron estacionarias ó no alcanzaron el mismo nivel de cultura que sus congéneres del imperio azteca y de otras comarcas del país, quizá por idénticas causas á las que hoy determinan los diversos grados de civilización que se notan entre los habitantes del Norte y los del Sur de la República, ó entre los que viven en las aldeas y en los campos y los que ocupan los grandes centros de población.

Nuestros indios, encarnizados enemigos del yugo que los reyes mexicanos habían logrado imponer á muchos pueblos, haciéndolos vasallos y tributarios, supieron conservarse independientes luchando con denuedo y constancia contra los que intentaban arrebatarles su autonomía ó despojarlos de las tierras que ocupaban, y ese carácter independiente, ese acendrado amor á la libertad, no solo se hizo manifiesto rechazando la dominación azteca, sino también en las luchas que sostenían entre sí las tribus residentes en este territorio, pues casi siempre se mantuvieron en abierta guerra los huachichiles contra los zacatecos, éstos contra los *cazcanes*, los *cazcanes* contra los *nayaritas* y así recíprocamente.

Esta circunstancia y el haberse encontrado dichas tribus algo apartadas del contacto con los mexicanos y con los reinos de Colima y Michoacan, que eran los más civilizados y mejor dirigidos en materia de gobierno, naturalmente influyeron para que los indígenas del Norte fueran menos civilizados, y por lo mismo, sujetos á una vida más inquieta y azarosa.

Gentes nacidas bajo el solo abrigo de los bosques y las cavernas, ni ambicionaban extensas y lujosas habitaciones, ni podían construirlas, conformándose con vivir en humildes y reducidas cabañas, generalmente situadas en las márgenes de los ríos ó en las cumbres de los montes.

Sin grandes exigencias respecto de vestido, no procuraban más que algunas telas groseras ó pieles de animales para medio cubrir el cuerpo, pues habituados á la vida nómada y á los ejercicios de la guerra y la caza, sabían resistir sin mucho esfuerzo las más duras manifestaciones del clima ó de la intemperie.

Sóbrios en materia de alimentos, bastábanles las producciones naturales del terreno para satisfacer sus diarias necesidades, por lo que sin duda no se dedicaron con sufi-

ciente interés y constancia al cultivo de la tierra ni á ensanchar ó mejorar la explotación de las industrias que les eran conocidas.

Idólatras unos y supersticiosos otros, no solo encontraban en la práctica de sus extrañas y múltiples ceremonias, suficientes motivos para ocupar una buena parte del tiempo en el culto debido á sus deidades, sino también para dar pábulo á las fiestas y entretenimientos emanados de un ritualismo á cuya sombra frecuentemente se confundían las más ardientes y puras afecciones religiosas con el ejercicio de inmoderados placeres y aún de brutales inclinaciones.

A pesar de esto, aquellos terribles gladiadores de las selvas, aquellos trogloditas de las montañas de nuestro Estado, bárbaros y salvajes por naturaleza y por hábito, presentaban rasgos característicos de opuesta índole, pues á pesar del salvagismo en que vivían, la hospitalidad, el respeto á los superiores, la subordinación á los jefes de familia, la abnegación, la sobriedad y otras virtudes recomendables formaban bellos contrastes con las explosiones de inaudita crueldad, con la perfidia, la holgazanería, las depredaciones y las rapiñas á que vivían entregados en fuerza de su poca cultura y de sus escasas nociones de moralidad.

Nuestros indígenas no vivían con las mismas comodidades ó con la opulencia de otros pueblos donde la civilización había adquirido mayor desarrollo; pero en cambio les honra el no haberse entregado á los sacrificios humanos y á las prácticas supersticiosas, con la horripilante ostentación que lo hacían los aztecas y otras razas.

En suma, si esos indígenas vivían hostilizándose frecuentemente á causa de la lucha por la vida ó impulsados por los instintos de su natural orgullo y valentía, supieron, cuando llegó á hacerse necesario, dar tregua á sus mútuas rencillas y diferencias para concurrir unidos á la defensa de la patria y de los comunes intereses.

Los gobiernos dominantes en estas tierras eran patriarcales y militares; pero ni puede asegurarse sobre qué bases descansaban la autoridad de los mandatarios y los deberes y derechos de los gobernados, ni es posible señalar á punto fijo los verdaderos límites del territorio que á cada tribu correspondía, porque esos límites experimentaban frecuentes

modificaciones sujetas á los cambios originados por las guerras y las conquistas entre los mismos naturales.

Desgraciadamente nos ha privado de saber todo esto, no solo la falta de informes y tradiciones fehacientes, sino también el descuido de los conquistadores, que por el sordido interés de buscar riquezas metálicas, se olvidaron de recoger cuantas noticias pudieran servir ahora para no ponerlos en el laberinto de las dudas y las conjeturas.

Debería terminar este capítulo, ó mejor dicho, esta parte, ocupándome de la fisiografía referente á nuestro Estado en aquella época, pero tropiezo con la misma falta de datos, y apenas me atrevo á decir que las producciones naturales del terreno, si hemos de exceptuar las procedentes de implantaciones europeas hechas por los españoles, eran las mismas que hoy ofrece nuestro rico suelo en su vasta y poco cultivada extensión.

Sin embargo, nuestros bosques debieron haber sido exhuberantes y poblados, porque los indígenas no consumían más maderas que las indispensables para sus pequeñas construcciones; nuestras minas sin duda no eran ni conocidas ni explotadas; los cuadrúpedos, las aves y otros animales silvestres debieron ser numerosos, á pesar de la continua cacería á que estaban sujetos algunos de ellos, para proporcionar carne, pieles y plumaje á los indios; las tunas, los dátiles, el maíz, el frijol, las calabazas y algunos otros frutos que todavía se producen en estas tierras, completaban el almacén de provisiones con que la naturaleza concurría al sostenimiento de dichos indios.

Estos probablemente no aspiraban á mejorar ni su condición física ni su estado moral, porque los pueblos que buscan de algún modo su perfeccionamiento, dejan tras de sí en el curso de los tiempos, huellas ó caracteres visibles del grado de adelanto á que han podido llegar; pero de nuestros antiguos indios, solo los *caxcanes* nos han legado algunos vestigios que atestiguan que esos belicosos descendientes de los mexicanos, constituían el pueblo más culto de los que tuvieron asiento en este Estado.

Más de cuatrocientos años habían transcurrido desde la venida de los *chichimecos* á estos lugares, cuando tal vez sin esperar que alguna invasión de enemigos extranjeros pudiera venir á disputarles el dominio de sus tierras,

apareció en ellas un puñado de gentes extrañas que al son de la conquista y merced á la superioridad de las armas, logró al fin subyugar á los indígenas que poblaban esas tierras, levantando sobre desoladas comarcas el edificio de una civilización exótica, que á su turno debía también experimentar rudos sacudimientos y transformaciones.

Fin de la primera parte.

SEGUNDA PARTE.

CAPITULO I.

(1492-1520.)

Acontecimientos que precedieron á la conquista de Nueva Galicia.—Emprende Don Nuño Beltrán de Guzmán una expedición conquistadora á los Estados Independientes del Imperio Mexicano.—Causas principales que retardaron la consumación de esa conquista.

He procurado demostrar con la certidumbre posible y en cuanto me lo han permitido los datos históricos referentes á la época que comprende la primera parte de este libro, cuáles fueron el origen, las costumbres y el carácter de las diversas tribus indígenas que se hallaban diseminadas en el territorio de Zacatecas á principios del siglo XVI, ó sea el tiempo en que los españoles entraron por primera vez á dicho territorio.

Al narrar los sucesos que hasta aquí dejo apuntados, no he hecho mas que reunir y exponer en la forma que me ha parecido mas sencilla y conveniente, las noticias transmitidas por los cronistas á quienes debemos el conocimiento de las páginas en que hoy se puede leer algo de la historia referente á la citada época.

Toca ocuparnos ahora de otros acontecimientos quizá más interesantes, por cuanto ellos se refieren á un período en que tuvieron lugar las desastrosas luchas de la conquista. En ese período, al lado de episodios gloriosos, de hazañas